



Ignacio Castro Rey. *Ética del desorden. Pánico y sentido en el curso del siglo*, Valencia, Pre-Textos, 2017, 464 p.

Atestiguaba Carlos Fuentes que nada más conocer a Susan Sontag, la ensayista neoyorquina le lanzó la siguiente pregunta: «¿Qué opinas de la relación entre Hegel y Feuerbach?». Leyendo a Ignacio Castro Rey, nosotros nos hemos formulado el siguiente interrogante: ¿por qué en las páginas de un libro como *Ética del desorden*, pensado y sentido desde la finitud –desde el vértigo de la finitud–, nos cruzamos de vez en cuando con la figura de Hegel, pero nunca con la de su discípulo disidente? En sus *Tesis provisionales para la reforma de la filosofía* –publicadas en 1842, en el exilio–, los dardos de Feuerbach contra su antiguo maestro son incesantes e implacables: «El espíritu de la teología todavía merodea como un espectro en la filosofía hegeliana» / «La filosofía hegeliana ha enajenado al hombre de sí mismo en la medida en que todo su sistema reposa en actos de abstracción». El ajuste de cuentas prosigue un año más tarde en sus *Principios de la filosofía del futuro*: «El misterio de la dialéctica hegeliana reside en que niega la teología a través de la filosofía, para negar luego la filosofía a través de la teología ... Primero se echa todo abajo, luego se coloca todo en su antiguo lugar» / «El ser de la lógica hegeliana es el ser de la vieja metafísica ... un pensamiento sin realidad».

Con esto, estaríamos tal vez en disposición de responder a Susan Sontag, pero la incógnita sobre la ausencia de Feuerbach en Castro Rey permanece intacta. Antes de volver sobre ello, nos adentraremos unos pasos en esta *Ética del desorden*, que muy bien podría haber llevado como subtítulo *Autorretrato de un pensador disciplinado*. «Este no es un libro de ética al estilo usual», se nos previene desde el prólogo. Primera cuestión: ¿puede encabezar la palabra «Ética» un libro cuyo autor declara: «No opera con la contraposición entre el bien y el mal, no busca un conjunto de prescripciones para una vida mejor ni una idea del deber que guíe la acción»? Sí, puede, pero solo desde el momento en que se traiciona a sí mismo y nos exhorta a dar cumplimiento a ciertas obligaciones. Verbigracia: «Debemos ser resueltos en lo difícil y desconfiar de lo fácil». O bien: «El deber de cada persona es vivir de manera que la muerte apenas tenga nada que llevarse». Cita de Lispector: «El itinerario somos nosotros mismos. En lo referente a vivir, nunca se puede llegar antes».

Proclive a intercalar en sus reflexiones citas de su vasto panteón literario, nuestro filósofo las utiliza precisamente para recordarnos que no estamos leyendo un tratado convencional, sino más bien una amalgama de novela, diario, carta abierta, poema en prosa, manifiesto. Nada más idóneo, en cualquier caso, para transmitir un arte de vivir sin orden, congruente con la tarea que Ignacio asigna a cada individuo: asumir su propio «signo indescifrable».

«El vínculo entre ética y alegría –nos advierte– ha sido peligrosamente olvidado». Feuerbach, por su parte, señala: «El nuevo filósofo reconoce la verdad de la sensibilidad con alegría». He aquí otro nexo entre el pensador bávaro y el gallego: la

alegría; la alegría por la alianza del intelecto y el sentimiento. No es preciso forzar ninguna nota para que sus voces dialoguen a través del tiempo: «La escuela de lo que sabemos es siempre el mundo sensible», dice Castro Rey. «Tengo que escuchar testigos distintos de mí. Esos testigos distintos de mí, en tanto que pensante, son los sentidos», dice Feuerbach. «Los sentidos segregan ideas ... No es que las ideas pasen por los sentidos, sino que no salen de ellos», dice Castro Rey. «Que el pensamiento se realiza quiere decir que se convierte en objeto de los sentidos. La realidad de la idea es, pues, la sensibilidad ... Solo a través de los sentidos se da un objeto en el verdadero sentido», dice Feuerbach. «El arco del pensamiento es un arco hecho con las cuerdas de los sentidos», dice Castro Rey. «Es preciso no separar el entendimiento y los sentidos. Solo está abierto el mundo para la cabeza abierta, y las únicas aberturas de la cabeza son los sentidos», dice Feuerbach. «La cabeza nunca está a la altura del corazón», dice Castro Rey.

Si algún título cabría otorgar a Feuerbach sería justamente el de filósofo del corazón. En sus *Tesis provisionales para la reforma de la filosofía*, discurre: «Los órganos esenciales de la filosofía son la cabeza, fuente de la infinitud metafísica, y el corazón, fuente de la finitud; o formulado teóricamente: pensamiento e intuición». Y en diversos fragmentos de sus *Principios de la filosofía del futuro*, leemos: «La nueva filosofía no es sino la esencia del sentimiento elevada a la conciencia: solo afirma a través de la razón lo que todo hombre, el hombre real, reconoce en el corazón. Es el corazón transportado al entendimiento» / «La nueva filosofía funda una unidad racional de la cabeza y el corazón, del pensar y la vida».

Así como los textos de Feuerbach se sitúan en el punto de inflexión de la vieja filosofía especulativa y la nueva filosofía fundada en la antropología, todo el discurso de Castro Rey está recorrido por la crisis de la cultura moderna —«una cultura que no soporta la verdad cruda de la finitud», subraya—, a cuya fase terminal asistimos en estas dos primeras décadas del siglo XXI: «La información impide que el mundo acaezca ... Una corriente imparable de significantes impide que ningún significado pueda fijarse». Cita de Lao Zi: «Los hombres vulgares poseen ideas claras, solo yo no salgo de mi perplejidad».

¿Nos obsequiará nuestro filósofo con una futura *Estética del desorden*? Ya en 1994, en una publicación de Cruce, indagaba sobre la posibilidad de «pensar el arte —eso irrepresentable que parece decidirse en el arte— como soporte para una nueva ética». Al cabo de veintitrés años, el dilema persiste, como corresponde a un autor que ha prestado atención ininterrumpida al misterio de la experiencia estética. «La crisis de la pintura —afirma— es la crisis del silencio ... Es normal que la performance o la instalación ganen terreno a la escultura o la pintura, a las artes plásticas elementales y su silencio ... La proliferación de imágenes va unida a un nuevo tipo de insensibilidad. Estamos tan saturados de brillos diseñados que cuesta percibir los matices del pequeño escenario en el que vivimos y morimos ... El espectáculo continuo de lo audiovisual aparece como una forma masiva de organizar la ceguera».

En sus *Tesis provisionales*, Feuerbach sostiene: «El arte emana del sentimiento de que la vida en el aquende es la verdadera vida, de que lo finito es lo infinito». En esta cultura saturada de imágenes y logos que nos impiden percibir lo infinito en lo finito, Castro Rey se pregunta al término de cada jornada: «¿Qué has visto hoy que no haya visto nadie?». «Es muy posible —recapitula— que cada ser humano necesite ser un artista para volver sobre lo que ha vivido y darle forma», pues «solo en la belleza encuentra la calma nuestro vértigo».

Por desdicha, la aceleración social, cultural y tecnológica de cuyo paroxismo somos testigos en la actualidad, ha barrido toda visión estática, toda contemplación extasiada. «La obsesión de la instantaneidad –observa Ignacio– es lo que nos mantiene presos ... Para la cultura capitalista, correr es la única forma de encarar la vida mortal, desplazándola indefinidamente ... Corremos para no tener destino, para que el espacio enigmático del tiempo no nos roce ... No estar excluido en lo social significa no estarlo de la velocidad que nos mantiene perpetuamente conectados ... la velocidad consiste en adelgazar el presente ... en desactivar *esa duración que no es otra cosa que la persistencia de la finitud* ... Este mundo no iría tan deprisa si no presintiera a cada instante el desastre». Cita de Nietzsche: «Si creyeseis más en la vida, os lanzaríais menos al instante. Pero no tenéis en vosotros espacio bastante para la espera».

Decir «espera» vale decir «iluminación». A juicio del autor de *Roxe de Sebes*, los instantes de revelación «hacen hospitalaria la intemperie». Y, a día de hoy, la intemperie no tiene otro nombre que el de «cultura del entretenimiento». «Jamás se ha inventado nada políticamente tan eficaz como la cultura del entretenimiento», se lamenta. Por medio de la «realidad virtual» –ese oxímoron denunciado por Baudrillard–, el capitalismo, que ya se ha apropiado del tiempo de la vida, está a punto de adueñarse de la propia muerte, incluida la variante del suicidio. Sumidos en «ese terror sin el cual nuestra cultura ya no es capaz de dar un paso», el filósofo sentencia: «Hay escasez de muerte y exceso de cadáveres».

Una vez más, se impone el paralelismo con el discípulo disidente de Hegel, quien, a su vez, proclama: «Solo quien siente la pérdida de un ser finito como una pérdida infinita posee la fuerza y el ardor. El estímulo doloroso del recuerdo de lo que ya no es, es el primer artista. Por el contrario, la creencia en el más allá convierte cada dolor en apariencia y falsedad». Castro Rey conviene: «Es la eternidad la que no puede durar: ha de ser una visión fugaz ... un relámpago ... Si tal experiencia durase, se degradaría». Cita de Wittgenstein: «Vive eternamente quien vive en el presente».

«Si amamos la vida –la corriente de este aquí y este ahora finitos–, en cada fragmento se juega una partida», asegura. Hagamos aquí un interludio para indicar que las lagunas de nuestro filósofo –pero qué pensamiento cabe libre de lagunas, laberintos, callejones sin salida– quedan siempre compensadas por la intensidad y riqueza de su prosa. «Algunos filósofos –anota, pensando sin duda en sí mismo– construyen el sistema más con la corriente expresiva que generan que con el orden estrictamente conceptual de un pensamiento unitario». A veces, sin embargo, parece obstinarse en ser Hegel –en su voluntad de construir, pese a todo, un sistema–, pudiendo ser Feuerbach, Nietzsche, Benjamin, Wittgenstein, artífices de propuestas discontinuas, en cada uno de cuyos fragmentos se juega la partida.

Castro Rey admite con humor: «Lo grande cabe en lo pequeño, aunque no ocurra fácilmente lo contrario». El humor es indispensable si se pretende profundizar, pues, con toda probabilidad, nuestro trabajo de mineros desembocará en la certeza benjaminiana de que el problema decisivo es el empobrecimiento de la experiencia. ¿Qué hacer? Algo que requiere mucha sangre fría: sonreír. «Para la seriedad de existir –sugiere Ignacio–, es imprescindible el sentido del humor ... Es importantísimo aprender a ser idiota».

Esta *Ética del desorden* no deja de ser una *Consolación de la Filosofía*: «La vivencia de la muerte –leemos en sus páginas– nos arranca de la mezquindad». Por momentos, asistimos a un verdadero encomio de nuestra condición precedera:

«Tenemos que agradecer a la muerte un horizonte que nos permite relativizar el sinfín de miserias». Castro Rey reconoce que la muerte no es «el mejor invento de la vida», pero considera que «es justo lo que nunca envejece ... el final de toda una serie de pequeñas muertes, el fin de la lenta hemorragia». Cita de Lispector: «Renunciar tiene que ser una elección. Desistir es la elección más sagrada de una vida».

La tensión entre su prosa sentenciosa y su incontenible voluntad filosófica, permite conjeturar la posibilidad de una futura entrega, en la que esa tensión se resuelva en forma de proposiciones tan sintéticas como algunas de las que fulguran en el torrente de su *Ética del desorden*. Tres ejemplos: «La tarea más profunda del pensamiento es librarnos del pensamiento» / «La palabra está convocada para hacer desaparecer el lenguaje» / «Morirá como un niño quien aprenda lo justo para aceptar su propio enigma». A todo lo cual, respondería Feuerbach: «Solo allí donde terminan las palabras comienza la vida, solo allí se revela el misterio del ser».

José Luis Gallero